

LASDAOALPLAY presenta

Relatos breves

y no tan breves





La sonrisa de medianoche

Flechazo

Una compañía de héroes

Aullidos

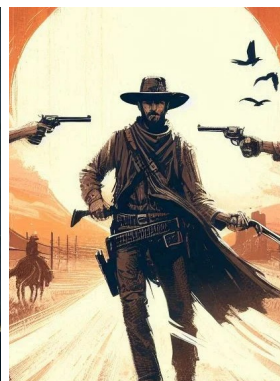
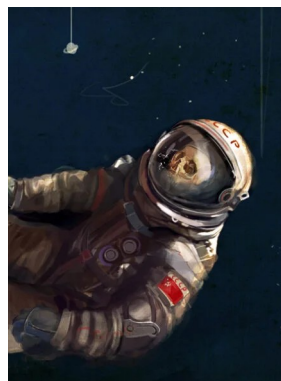
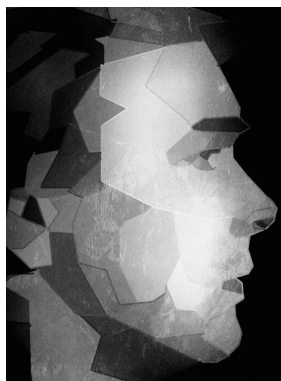
El terror del mar

El valle inquietante

La soledad del vacío

El corazón del Oeste

El hombre del bigote blanco





La sonrisa de medianoche

La tenue luz de las farolas de la calle cruzaba, contradictoriamente poderosa, las rendijas de la persiana de madera, haciendo que mi despacho se asemejara a una película, con una sutil gama de grises, provocando unos enigmáticos juegos de siluetas sobre el parqué desgastado del suelo. Estaba recostado en mi silla de oficina de madera pulida por el uso —no solo el mío, sino también el de anteriores propietarios—, con mi sombrero sobre mis cejas, impidiendo que cualquier resplandor me deslumbrara por sorpresa y me privara del sentido de la vista. Cuando se vivía en la oscuridad, cualquier precaución era poca, como la que descansaba encima del escritorio con seis balas en su tambor. Sobre el mueble había poca cosa: unas cuantas hojas escritas a máquina expresamente mal esparcidas, fingiendo algún tipo de trepidante actividad de despacho, de la que carecía; un cenicero en el que reposaban decenas de colillas ya extintas, mientras que la última de ellas, aún moribunda, pausadamente soltaba un fino hilillo de humo que ascendía hasta el techo, enturbiando el ambiente; un vaso de cristal para whiskey, tal vez lo más valioso que había en aquella oficina —incluso más que mi propia vida—, con un hilo que se derretía en medio dedo del susodicho licor; y, por último, mi revolver, el único recuerdo que guardaba de tiempos mejores, cuando hacía la ronda por el barrio y me

saludaban con respeto por mi trabajo. No como ahora, relegado a lo más profundo del abismo del escalafón humano, hasta donde me había visto llevado por los bajos fondos de una ciudad que apenas reconocía, con el único objetivo de representar el frágil y corrompido brazo de la ley, aunque sin el permiso de esta. Frente a mí, hacia donde el cañón de mi calibre 38 apuntaba, al otro lado del escritorio, en una puerta con una ventana de cristal opaco, se podía leer del revés el nombre de mi agencia de detectives. Una denominación un tanto pretenciosa para el cuchitril de un policía venido a menos que no sabía ganarse la vida de otro modo, y más cuando el nombre era aprovechado del desafortunado inquilino que me precedió. Todas las noches eran igual de tediosas y aburridas, aunque con el tiempo había aprendido que era en la oscuridad del crepúsculo, cuando los posibles clientes se sentían más seguros para solicitar la ayuda al último recurso de cualquier hombre sensato. Por norma, nunca pasaba nada, las horas transcurrían sin otro sobresalto que el descubrimiento del vaso de whiskey vacío, o el desvanecimiento del sabor de la última calada del último cigarrillo. Sin embargo, de vez en cuando, la luz del pasillo que daba a mi oficina se iluminaba, y desatando una lucha con las sombras provocadas por las farolas del exterior, extendía su parpadeante poderío hacia la puerta, proyectando la silueta de las letras grabadas en el cristal, sobre el suelo. Como acababa de suceder. Tras unos segundos en los que creí que la luz se había encendido por un cortocircuito en la instalación, el sonido de unos tacones resonó en las paredes del pasillo, a la vez que la sinuosa sombra de una mujer se proyectaba a través del opaco cristal de mi puerta. Unos sutiles golpecitos de unos delicados nudillos me indicaron que aquella mujer había venido hasta allí para verme a mí. Así que, sin más, dije con voz resacosa: «Adelante». El pomo de la puerta giró, esta se movió sobre las bisagras chirriantes de metal y, a contraluz, se definió la casi perfecta figura de una mujer joven, de pelo claro y de buen vestir, que me regalaba una expresión de necesidad y socorro. Sabía de sobras que, llegados a este punto, los desesperados clientes que se atrevían a cruzar el umbral de mi puerta, vomitaban todo lo que querían decirme, sin necesidad alguna de que yo preguntara absolutamente nada. Sin embargo, de los intensamente rojos labios de la mujer no salió palabra alguna, tan solo sonrió, mostrándome sus afilados y amenazadores colmillos, y supe que no había venido a pedirme ayuda. Era una de esas malditas chupasangres que poblaban la noche de aquella ciudad, cuyos amaneceres se contaban por los cuerpos resacos con mordiscos en el cuello que

dejaban tras de sí. Sin embargo, yo no pretendía ser uno de ellos. Para mi suerte y para su desgracia, tenía mi revolver a mano y sus balas eran de plata.



Flechazo

Pasaba una página del libro tras otra, como cada día de regreso a casa, sumergiéndose cada vez más en la lectura, pero, de repente, algo lo distrajo. No sabía el qué, pero algo le había obligado a levantar la mirada del libro. Al principio se sintió molesto, pero cuando sus ojos abandonaron el paisaje de negro sobre blanco de las hojas impresas y descubrió quién le había molestado, todo dejó de importarle. El libro, las voces del resto de pasajeros... Todo parecía carecer de importancia cuando sus ojos se posaron en la persona que tenía en frente. Ante él había surgido la visión más perfecta que había tenido en toda su vida. Sentada frente a él, en aquel asiento que apenas unos minutos antes ocupaba un sudoroso hombre de facciones poco agraciadas, estaba la chica más bonita que jamás había visto. En medio de aquel vagón de tren, rodeada por la habitual muchedumbre gris que lo poblaba en hora punta, la más bella flor se había abierto paso. Dos ojos del color de la miel tostada reinaban en un rostro alegre, enmarcado por una suave melena dorada y, en el centro, como la guinda de un pastel, unos labios carnosos perfilaban la más agradable de las sonrisas. Dicen que los flechazos no existen, pero en ese instante él no lo creyó, porque acababa de tener uno. Tras unos segundos en los que el tiempo parecía haberse detenido, se dio cuenta de que se había quedado ensimismado mirándola y,

desafortunadamente, ella se había percatado de ello. Llevado por un rubor que le crecía en el pecho, rápidamente apartó la mirada e, inconscientemente, la dirigió hacia la ventana, a través de la que solo se veían las oscuras paredes del túnel que el tren recorría. Frente aquella negrura se sintió estúpido, pero, antes de recaer en la palabra escrita, se fijó que, a través del reflejo del cristal, podía seguir contemplándola en secreto. Satisfecho por la argucia, volvió a dirigir la mirada hacia aquellos relucientes ojos que, para su sorpresa, estaban observando directamente los suyos. Al descubrirse por segunda vez como un *voyeur* descarado, súbitamente regresó a la lectura del libro que sostenía abierto entre sus manos. Página tras página, las palabras bailoteaban ante sus ojos sin que entendiera el significado de ninguna de ellas, ya que su mente seguía ocupada grabando con un hierro candente el rostro de la chica que jamás volvería a ver. Aquella idea lo contrajo, no podía permitir que aquello sucediera, debía evitar que aquel rostro perfecto se convirtiera en una imagen fugaz en su memoria. Tras un momento de duda, levantó la cabeza para dirigirse a la chica, pero, en seguida, comprobó que frente a él solo había un asiento vacío. Se había ido. Lamentándose por su falta de valor, desanimado bajó la mirada de nuevo hacia el libro. Pero cuando apenas había conseguido fijar con sus pupilas la primera de las palabras, unos golpecitos en el hombro lo distrajerón de nuevo. No tenía suficiente con que la chica más bonita que jamás había visto hubiera desaparecido, que encima tenía que soportar las molestas interrupciones del resto de viajeros. Sabiendo que el culpable de la distracción no era otro que la persona que tenía sentada al lado, enervado se giró para protestar por el contacto indeseado, pero antes de poder articular palabra alguna se quedó estupefacto. Ella estaba allí, igual de perfecta que antes. No había desaparecido, solo había cambiado de asiento y, ahora, estaba mirándolo a la vez que le regalaba una alegre sonrisa. De sus labios salió una única palabra: «Hola», pero fue suficiente para saber que se había enamorado.



Una compañía de héroes

Nesty estaba descansando apaciblemente en la terraza de su casa, al sur de California. Era el sitio que más se parecía a su Barcelona natal. Cuando de repente su nieto de cinco años apareció y se tiró sobre su regazo.

—Papá me ha dicho que estuviste en la guerra, ¿es cierto? —preguntó inocentemente.

—Sí, claro que estuve.

—Y, abuelo, ¿fuiste un héroe durante la guerra?

El abuelo se lo miró tiernamente, era una pregunta que se había hecho muchas veces.

Madrugada del 6 de junio de 1944. Los cielos del Canal de la Mancha, habitualmente tranquilos, esa noche estaban siendo surcados por centenares de C-47, unos aviones de transporte que en su interior llevaban miles de paracaidistas estadounidenses y británicos dispuestos a arriesgar sus vidas saltando tras las líneas enemigas desde esos aparatos. Entre ellos se encontraba Nesty Martínez. En realidad, ese no era su nombre, pero los años pasados en

Estados Unidos, donde llegó a finales de 1939, habían hecho cambiar tanto su nombre como su apellido en algo que los *yankees* pudieran pronunciar. Para ellos, todos los europeos del sur eran iguales, no importaba si habías nacido en Nápoles, Lisboa, Atenas o Barcelona. Eras moreno y de pelo oscuro, no querían saber más.

El zumbido de los motores ensordecía de tal modo que los ocupantes de ese avión apenas podían cruzar un par de palabras sin que alguien gritara: «¿Qué?!», dejando claro que no habían entendido nada de lo que le habían dicho.

—Cuando aterricemos —dijo su compañero de la derecha mostrando una bala—, incrustaré esta bala en la cabeza del primer boche que vea.

El proyectil se lo había dado su novia que trabajaba en una fábrica de armas de Texas. Decían que traía suerte pegar el primer tiro con una bala regalada por la pareja. Nesty también tenía una, pero su intención no era utilizarla, sino guardarla y devolvérsela a su esposa diciéndole con una sonrisa: «No me ha hecho falta».

Nesty miró a su alrededor, él era el mayor de toda la compañía, a sus casi treinta años estaba junto a un grupo de veinteañeros rebeldes con ganas de matar nazis.

—Yo quiero una Luger —dijo el de la izquierda—, dicen que es la mejor pistola que se ha hecho nunca.

—No hay nada mejor que esto —contradijo el que tenía enfrente mostrando su reluciente y enorme revólver Smith & Wesson—, un solo tiro de esta preciosidad y me cargo a un pelotón entero.

La risa fue generalizada. En una situación normal nadie se hubiera reído de esa barbaridad, pero los nervios hacían que todos rieran a la mínima estupidez que alguien dijera o hiciera. Pero las carcajadas enmudecieron de golpe cuando se oyó una explosión no muy lejana. Nadie supo si era el petardeo del motor de algún avión que se había desacompasado, o si era el primer disparo de los alemanes. Lo cierto fue que después de ese ruido el silencio imperó en el avión.

El sonido constante y monótono de los motores del avión, y el silencio de sus compañeros, hizo que la mente de Nesty recordara como había llegado a aquel lugar. Había nacido en Barcelona a finales de 1914 y su vida nunca fue interesante, se había criado como hijo único de una familia obrera. A los catorce años tuvo la oportunidad de convertirse en aprendiz de mecánico. Era un trabajo con futuro y, además, se le daba bien.

Pero todo cambió en 1936, cuando la vida se volvió interesante para todos los españoles. Al igual que los que ahora le acompañaban, Nesty se había unido rápidamente al ejército republicano con la esperanza de detener el avance fascista, pero por desgracia el entusiasmo no era suficiente para detener la maquinaria militar sustentada por Hitler y Mussolini. Cada día las líneas republicanas estaban más atrás, hasta que en 1938 hubo una desbandada general después de que los fascistas superaron el Ebro.

A pesar del entusiasmo inicial, Nesty enseguida comprendió que no había remedio y, muy a su pesar, tuvo que abandonar su país, su ciudad y su casa para salvar la vida. Con pocas cosas, él y su esposa cruzaron los Pirineos a pie llegando hasta Toulouse, donde, por suerte, una familia francesa los acogió y les facilitó el viaje hacia Londres, pasando antes por Burdeos.

Cuando llegaron a la capital inglesa, la verdad sea dicha, se vieron tirados en la calle como muchos otros emigrados españoles que no eran de la *jet set* política y cultural. Sin hablar ni una palabra de inglés, Nesty y su esposa consiguieron realizar algún que otro trabajo, lo suficiente para pagarse dos de los pasajes más baratos para embarcar en uno de los transatlánticos que partían de las costas británicas con destino al Nuevo Mundo. Querían alejarse de unos países en los que la guerra cada vez estaba más próxima. Ya habían tenido suficiente violencia.

Cuando se refieren a América como la tierra de las oportunidades, no se equivocan, o como mínimo no se equivocaron en el caso de Nesty y su esposa. Al poco de llegar a Nueva York, ambos consiguieron trabajo, él como mecánico y ella como criada en la casa de unos ricachones de Long Island. Habían muy pocos españoles y el italiano era más fácil de comprender que el inglés, así que cuando su sueldo les permitió abandonar la pensión donde habían vivido desde que llegaron, se trasladaron a un pequeño apartamento de alquiler en el barrio italiano.

—¿*Napoli, Roma, Milano?* —preguntó el casero.

—Barcelona —respondió Nesty.

En un español chapurreado entremezclado con algunas palabras en inglés e italiano, el casero le respondió.

—Lo siento mucho. Yo tuve que huir de mi país por culpa de los fascistas. *Maledetti maiali.*

—Dínoslo a nosotros —exclamó la esposa de Nesty—, fueron los mismos que bombardearon nuestra ciudad día y noche durante años.

—Pero ahora estáis aquí. Tendréis suerte —dijo el casero señalando el vientre hinchado de la esposa de Nesty—, un niño siempre trae suerte.

En 1940 eran una familia feliz, muy sencilla pero feliz al fin y al cabo. A principios de ese año habían sido bendecidos con un niño. Después de un parto normal y un par de noches en el hospital, Nesty, su esposa y su hijo regresaron a casa. Mientras andaban por la calle en la que vivían, los vecinos se acercaban a ellos para contemplar al recién nacido.

—*¡Bellissimo!* —exclamó la mujer del panadero al ver al niño—. Tomad —les dijo dándoles una barra de pan.

—Gracias —respondió Nesty.

Ese acto de generosidad se repitió en diversas ocasiones, del tal modo que cuando llegaron a casa Nesty cargaba una auténtica cesta de regalos. Lo dejó todo en la pequeña cocina y regresó al comedor donde su esposa lo esperaba sosteniendo a su hijo.

—¿Me lo dejas? —preguntó—. A penas lo he podido coger.

Su esposa se lo dio sin articular respuesta y fue a sentarse en la única butaca del salón. Junto con el día que su esposa le dio el primer beso, ese había sido el momento más feliz de su vida, sosteniendo al pequeño en brazos, mientras que su esposa los observaba con ternura.

—¿Qué nombre le vamos a poner? —preguntó Nesty mirando fijamente al pequeño.

—Nesty me parece bien.

—¿En serio? Además es un apodo, ¿y si le buscamos un nombre como dios manda?

—Cariño, algo me dice que el mejor nombre para este pequeño, es el de su padre.

Nesty dejó de mirar a su hijo un instante para contemplar a su esposa, si su hijo era lo mejor que había hecho, ella era lo mejor que le había pasado.

La guerra, a pesar de ser el plato de cada día, parecía lejana, pero todo eso cambió una infame mañana de diciembre de 1941, cuando el Imperio del Sol Naciente obligó a Estados Unidos a entrar en esa maldita guerra que la familia de Nesty había podido evitar hasta entonces.

—Cariño, ven —exclamó su esposa des del comedor.

Nesty abandonó la cocina y salió corriendo hacia el comedor. En la radio se podía escuchar la voz del Presidente Roosevelt.

—... Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que pervivirá en la infamia, los Estados Unidos de América fueron sorpresiva y deliberadamente atacados por fuerzas navales y aéreas de Japón...

La esposa de Nesty se estremeció de pánico. Al igual que él, no quería vivir otra guerra. Mientras su esposa cogía en brazos a su pequeño hijo, como si tuviera que huir con él en ese mismo instante, Nesty escuchó detenidamente las palabras del Presidente, hasta que oyó lo que no deseaba oír.

—... Le pido al Congreso declarar que, debido al cobarde ataque no provocado efectuado por Japón el domingo 7 de diciembre, existe un estado de guerra entre los Estados Unidos y el Imperio de Japón.

Muchos fueron los que se alistaron para formar parte de los marines, y así poder entrar en combate contra los «japos». Muchos de los compañeros de Nesty no dudaron ni un segundo en alistarse para vengar a los hombres caídos en Pearl Harbor. Él ya había vivido una guerra, no quería meterse en otra. Además su pequeño hijo seguía creciendo y no quería dejarlo sin padre.

Pero la cosa cambió cuando se dijo que los muchachos americanos serían enviados al teatro de operaciones europeo. ¡Por fin iban a liberar Europa! Pensaron todos los americanos de origen europeo. Fue entonces cuando un brillo de esperanza apareció en todos sus corazones. Veían que el regreso a casa era más que probable. Bueno, todos no. Nesty era pesimista, y no porqué los nazis vencieran, sino porqué no creía que los Aliados invadieran España y eliminaran el yugo fascista.

—Nesty ¿has oído? —preguntó a gritos Peppe, uno de los pocos compañeros que le quedaban—. Nos vamos a Europa. Volveremos a casa.

A pesar de haberse criado en Estados Unidos, había nacido en Turín, pero su familia, de ideología comunista, tuvo que huir de Italia años atrás.

—Sabes que no podremos regresar a casa nunca.

—¿No me digas que piensas así? —preguntó decepcionado Peppe.

—Creo que una vez liberada Francia y derrotado Hitler, no irán mucho más lejos.

—Piensa en una Barcelona libre.

—Con suerte llegarán a los Pirineos —bromeó irónicamente Nesty.

Pero incluso pensando eso, el entusiasmo general, que preveía una clara victoria de Estados Unidos, tocó el corazón de Nesty. Así que, en 1942, no dudó en

alistarse al ejército, aunque nunca pudiera regresar a su antigua ciudad, lucharía por la nueva. No quería que el fascismo se adueñara del mundo.

—¿Puedo alistarme? —preguntó Nesty a su esposa una noche mientras cenaban.

—Pero no dices que no va a servir para nada.

—Ya —respondió Nesty—, pero puede que me equivoque.

—¿Tú crees que si te sacrificas por nuestro país, estarás haciendo lo correcto?

—Sí —respondió Nesty sin dudarlo.

—En ese caso, no lo dudes, pero prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Regresa con vida.

Inicialmente se alistó en la infantería, pero su determinación y su buen estado físico lo llevaron a enrolarse en la Infantería Aerotransportada, y tras un par de traslados acabó en la Compañía E, del 2º Batallón, del 506º Regimiento de Infantería Paracaidista, de la 101ª División Aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos.

Poco después de su traslado, su esposa no dudo en dejar el trabajo que tenía en Long Island para entrar a trabajar en una fábrica de armamento y equipamiento de las afueras de Nueva York.

—Aún estás a tiempo de pedir de nuevo el empleo —le dijo Nesty cuando supo lo que había hecho—, necesitamos el dinero.

—Lo sé, pero igual que tú te tiras de un avión para hacer lo que es debido, yo debo fabricar las balas con las que te defenderás.

Nesty la miró y la abrazó dándole un profundo y sentido beso.

De pronto una explosión cercana al fuselaje del avión hizo que Nesty se despertara del sueño consciente que había tenido. Se tocó los labios, aún podía sentir los labios de su esposa en los suyos. Solo por ella haría lo imposible para regresar con vida, solo por volver a tenerla entre sus brazos y sostener a su hijo haría cualquier cosa.

Los alemanes los habían detectado y no permitirían que los aviones aterrizasen. Pero ellos no querían aterrizar. Todos y cada uno de los miembros de esa compañía, sin excepción, habían sido entrenados para ser la élite militar de los ejércitos Aliados, y lo eran, pero también eran humanos. El retraso del día anterior, el exceso de peso y los nervios estaban jugando malas pasadas a todos y cada uno de los hombres que había en esos aviones. Había quién rezaba, quién se

mordía las uñas, quién estaba completamente mareado y quién no podía contener el vómito. Pero todos tenían clara una cosa, sabían que tenían que hacer y que sus compañeros harían lo mismo.

Las explosiones se repetían a su alrededor y de pronto la luz roja se encendió.

—¡Muy bien muchachos! —gritó el jefe del pelotón por encima del ruido—. ¡Ha llegado el momento para el que nos hemos estado preparando!

Tal y como habían entrenado miles de veces, se levantaron, se anclaron a la guía y esperaron que la luz verde se encendiera. Entonces escucharon y sintieron una gran explosión a su derecha, uno de los aviones había sido derribado.

—¡Mierda! —exclamó el jefe de pelotón mirando a través de la puerta de salida—. ¡Era el avión de Meehan!

—¿Qué vamos a hacer, señor? —preguntó el técnico de radio bastante asustado.

—¿Qué que vamos a hacer?! ¡¿QUÉ QUE VAMOS A HACER?! —respondió el jefe de pelotón indignado por la pregunta de uno de sus hombres—. ¡Vamos a saltar! ¡Vamos a buscar el hijo de puta que lo ha derribado! ¡Y le vamos a reventar la tapa de los sesos!

—¡Currahee! ¡Currahee! —respondieron todos gritando.

Tras unos segundos que parecieron horas, la luz verde se iluminó y los hombres empezaron a saltar. Uno tras otro se arrojaban al vacío confiando en que su equipo respondiera como era debido. Llevaban exceso de peso, además a última hora les habían dado una estúpida bolsa de pierna que no tenía otra utilidad que complicarles el salto.

Al final le tocó a Nesty, se acercó a la puerta del avión y pudo contemplar el espectáculo de luz y fuego que les estaban brindando los alemanes, mientras que miles de paracaídas blancos se abrían hasta donde le alcanzaba la vista. Cambió de opinión. Podían ganar aquella guerra. No por las armas, sino por el valor que aquellos hombres demostraban tener al saltar sobre el enemigo en un territorio completamente hostil.

Con la confianza renovada, Nesty respiró hondo y saltó al vacío.

El resto es historia.

Todos esos recuerdos habían volado a través de la mente del viejo Nesty Martínez en cuestión de pocos segundos. De repente se dio cuenta de que hacía décadas que había realizado aquel salto, y ahora tan solo se enfrentaba a su nieto que lo contemplaba desde su regazo.

—¿Estás bien abuelo? —preguntó un poco preocupado.

Nesty lo miró a los ojos rezando para que su nieto nunca se viera obligado a vivir lo que él había vivido. Finalmente, recuperó el hilo de la pregunta que le había hecho antes el pequeño y respondió.

—No, pero serví en una compañía de héroes.



La antorcha se estaba apagando mientras la sostenía en sus temblorosas manos. Bajo ellas, percibía la madera calentada por la frágil llama que se tambaleaba en lo alto, que a la vez caldeaba, tristemente, su cuerpo tremuloso al sentirse calada hasta el tuétano. La constante y persistente lluvia, que caía sobre sus hombros, la había empapado por completo.

Esa mañana el sol no había amanecido. A decenas de metros bajo las copas de los altos árboles de aquella espesa jungla, el cielo, oscurecido por unas compactas nubes, había ensombrecido todo cuanto la rodeaba. Al avanzar, los chapoteos de sus pisadas en el riachuelo se confundían junto al son del repiqueteo de las gotas de aguacero sobre su superficie del agua, sin embargo, sabía que aquello no era suficiente para pasar desapercibida en aquella desolada jungla. Algo la seguía. Había oído sus aullidos desde que había abierto los ojos. Aquellos ruidos habían sido el motivo por el que, cuando su reloj le indicó que ya era de noche, decidiera no acampar y seguir avanzando entre la densa maleza, mientras rogaba por llegar a cualquier lugar habitado que pudiera haber en aquel inhóspito lugar.

Sobre ella notaba el fruncir de las hojas, frotándose unas con otras, movidas por algo que no se dejaba ver. A su alrededor no había dejado de escuchar unos

extraños aullidos, que a veces estaban más cerca, y otras más lejos. No pudo reconocer aquellos llantos macabros que ululaban entre los gruesos troncos del sotobosque. Solo sabía que, lo que fuera que la seguía, la estaba haciendo temblar como nunca nada ni nadie lo había hecho.

Cuando de su linterna eléctrica, tras horas empuñarla, emanaron unos inquietantes parpadeos, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, haciéndola temblar, esa vez, de terror. Con manos temblorosas había cogido un tronco, se había arrancado la camisa y la había enrollado en un extremo; y, con el alcohol de su pequeño botiquín y unas cerillas húmedas, la había convertido en una antorcha. Fue durante esos instantes, en los que el último atisbo de luz civilizada se estaba diluyendo, cuando los aullidos fueron más cercanos. Más continuos. Más aterradores. Cuando el fuego prendió la tela, una poderosa llama rojiza se bamboleó a pocos centímetros de su cara, secándole el empapado y aterrado rostro.

Después y a su pesar, la lluvia la había seguido acompañando, por lo que no fue una sorpresa que la llama, en la que había puesto todas sus esperanzas, empezara a menguar amenazadoramente de tamaño, advirtiéndola de que, pronto, volvería a quedarse sola en la oscuridad, únicamente acompañada por el millar de ruidos nocturnos de la jungla y, lo que era peor, aquellos aullidos tan poco alentadores. Inquieta, aceleró el pasó. Se dirigía río abajo, pero hacía horas que había perdido el norte y no era capaz de detenerse a comprobar la brújula que llevaba en su mochila.

Atraídos por la cada vez más débil luz, los aullidos dejaron de titubear y, a partir de entonces, se oyeron cada vez más fuertes. Más amenazadores. Más terroríficos. Al sentir como algo se movía a su espalda, y llevada por un impulso instintivo, giró sobre sus talones empuñando la cada vez más inútil antorcha, para descubrir un frondoso arbusto que parecía haberse movido. Nerviosa, empezó a sacudirse y a dar vueltas sobre sí misma, esperando que, con ello, los dueños de tan horripilantes aullidos se alejaran... Pero no fue así. Al contrario, los bramidos se intensificaron, se multiplicaron y se acercaron a tal distancia, que creyó sentir las vibraciones de las cuerdas vocales que los producían.

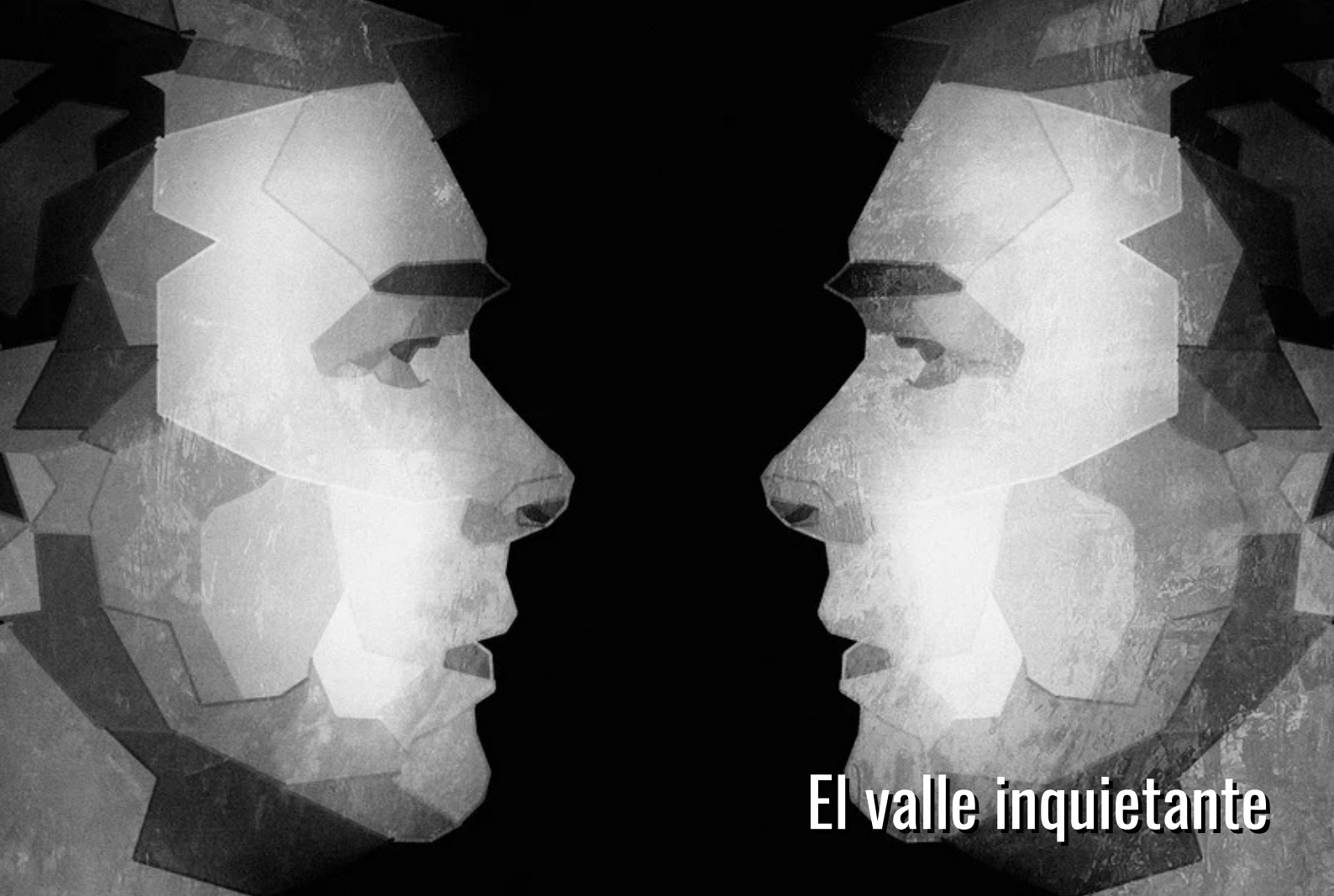
Tensa y asustada, clavada en mitad de la aquella desapacible jungla, solo pudo acercarse la tea a su cara con manos temblorosas y rezar para que, todo aquello, no fuera más que una horrible y vívida pesadilla. Sin embargo, la llama menguó, su calor se disipó y, finalmente, la antorcha se apagó.



El terror del mar

En el oscuro horizonte de la noche del Caribe, solo iluminado por la luz de la Luna, se distinguía lo que quedaba de una arboladura que se hundía lentamente entre las olas del mar. A su lado, un imponente navío se mecía violentamente al ritmo de la tormenta que se había desencadenado sobre él. No se oía ruido alguno, solo el ulular del viento, los chasquidos de los cabos al golpear contra los mástiles, y el repiquetear de las gotas de lluvia sobre el acero de los cañones. A pesar del silencio, varias decenas de hombres de mirada cruel estaban de pie, sobre la cubierta, sujetándose a lo que tuvieran a mano para evitar caerse por el vaivén de las olas, fijando la mirada a la media docena de desafortunados marineros que habían sobrevivido al abordaje. Arrodillados y harapientos, estos sentían como el temor por lo que pudiera venir crecía en su interior, a la vez que un sudor frío les embargaba la piel, cuyas gotas resbalaban por sus sienes mezclándose con las de la lluvia torrencial que caía sobre sus espaldas. Un fuerte golpe les hizo desviar la mirada, las puertas del castillo de popa se habían abierto de par en par y, del camarote del capitán, había surgido una oscura figura de descomunal tamaño. Al andar, las tablas humedecidas por el agua crujían bajo sus botas, cada paso que daba era como el disparo de sus cañones. La tripulación no decía nada, solo lo observaba, esperando a que aquel

ser que parecía haber emergido del infierno les dijera lo que tenían que hacer. Sin que pareciese que sus pies andaban sobre la inestable superficie de un barco en mitad de una tormenta, se encaminó hacia a los presos, demostrando porqué era el capitán. Una densa melena y una espesa barba empapadas en agua salada rodeaban su cara, sumiendo su rostro en las más oscuras tinieblas, en las que solo se podía ver el amenazador brillo de sus ojos, tan vivo como el fuego que brillaba entre los mechones de su cabello, del que emanaba una turbia niebla con olor a pólvora. Nunca nadie había sido capaz de sostenerle aquella mirada, y mucho menos si eras uno de sus míseros prisioneros, superviviente de su última captura... Como yo, que en aquel momento tan solo podía rezar por mi vida. Pero antes de que pudiera encomendarme al hacedor, el más temido de los piratas se acercó y fijó su oscura mirada en nosotros, como si estuviera escogiendo cual sería el primero al que arrojaría por la borda. Sin embargo, se agachó frente a mí y obligándome a mirar a sus negras pupilas, con su retumbante voz dijo: «La Venganza de la Reina Ana no hace prisioneros». Un escalofrío recorrió el espinazo de todos nosotros, nos temíamos lo peor, y como si Barbanegra hubiera podido sentir lo que nosotros, soltó una sonora y diabólica carcajada, haciéndonos temblar de nuevo, y añadió: «Uníos a mí o morid». Parecía que el tiempo se hubiera detenido, nuestros cuerpos, cubiertos de lluvia, sudor y la sangre de nuestros compañeros que ahora yacían en el fondo del mar, temblaban aterrorizados frente a la temible figura del pirata, que parecía ser el único digno de alzar la bandera negra en lo más alto de la arboladura de su navío. Ninguno de nosotros fue capaz de responder, un nudo había surgido en nuestras gargantas ante su presencia. Con una sonrisa suspicaz que nos dejó ver su brillante dentadura con piezas de oro y plata, insistió: «Decidme, caballeros, ¿quién de vosotros abrazara la vida de la hermandad y me seguirá como su capitán hasta los confines del mundo?». Ante tal propuesta, yo no dudé, y te recomiendo que hagas lo mismo si no quieres ser el siguiente en abandonar la cubierta de este barco, solo acompañado por el peso de una bala de cañón atada a tus tobillos, como lo hicieron mis antiguos compañeros en aquella fatídica y tormentosa noche.



El valle inquietante

Sentados frente a frente se miraban fijamente sin pestañear, sin mover ni un músculo de sus rostros. Era un pulso entre sus miradas y ninguno de los dos parecía tener intención de rendirse. Sus pupilas bailoteaban de una esquina a otra de los ojos del que tenían enfrente, como si buscaran algo difícil de encontrar. Inmóviles, tensos, sin moverse, sin articular palabra alguna. Querían descubrir si el otro tenía alma sin tener que hacer nada más que mirarse. Se estaban escaneando mutuamente.

A cada segundo que pasaba, la incomodidad anidaba un poco más en sus corazones. No sentían rechazo por el otro, pero tampoco lo aceptaban. Puede ser que se vieran, pero no que se comprendieran. ¿Habían perdido la capacidad de sentir empatía? ¿O es que nunca la habían tenido? Estaban a menos de un metro de distancia, pero parecía que estuvieran a kilómetros el uno del otro.

Ambos intentaban discernir quién de ellos era real y quién artificial, si es que existía una distinción posible. En los tiempos que corrían, los androides eran cada vez más humanos, y los humanos cada vez más androides. Además, no había nadie que les dijera quien era de verdad y quién no.

Ambos se creían humanos, o eso al menos era lo que sus mentes les decían. Sin embargo, ninguno de los dos sabía si sus recuerdos, aquello que les decía que

eran humanos, eran auténticos, recopilados a lo largo de sus vidas; o si, por el contrario, sus mentes habían sido rellenas artificialmente hacía apenas unos instantes.

Antes de entrar en aquella habitación, una mujer con bata blanca les había dicho lo mismo a ambos: «Cuando entren se sentarán uno frente al otro y tendrán una única y sencilla tarea. Uno de ustedes es humano y el otro es un androide. Deben averiguar cuál de las dos cosas es cada uno».

Pero ahora, mientras se observaban el uno al otro, todo era completamente distinto, mucho más difícil. Estaban solos en aquella habitación, ajenos al mundo exterior, recorriendo la angosta senda que transcurre entre las cimas de lo natural y lo artificial. Estaban explorando el valle inquietante.



La soledad del vacío

Después de que una luz cegadora atravesara sus párpados, se despertó repentinamente, sintiendo como si le faltara el aire. Abrió la boca de par en par, respirando tan fuerte como si ningún hálito de aire hubiera llegado a sus pulmones durante mucho tiempo. Al mismo tiempo, abrió los ojos descubriendo el más vacío e infinito espacio. Ante él se extendía un oscuro manto cubierto por millones de pequeños puntos luminosos. Estaba en el espacio. Asustado, alargó las manos y tocó la fría y transparente superficie cóncava del cristal de una ventana.

Al otro lado flotaba un hombre en un harapiento mono azul. Era tan escuálido como si no hubiera comido en semanas, un débil vello surcaba su mandíbula, y un pelo frágil y lacio caía sobre su frente. Lo miraba con una pavorosa expresión a través de unos ojos hundidos y circundados por unas oscuras ojeras, casi tan negras como el vacío que lo rodeaba. Al mirar sus manos, comprendió estupefacto que aquel era su reflejo, pero no se reconocía.

Alarmado miró a su alrededor, la oscuridad del exterior parecía haberse adueñado de todo, solo una insistente y parpadeante luz roja iluminaba las paredes blancas en breves espacios de tiempo, como si de un perverso segundero se tratara. No recordaba nada, ni su cara, ni su nombre, ni aquel lugar. Con

anhelo, miró todo cuanto le ofrecía aquella ventana que se había convertido en su mundo. No veía nada, solo el más absoluto e interminable vacío.

«¿Dónde está la Tierra?», fue cuanto pudo preguntarse. Angustiado, su pecho empezó a sacudirse. Sus pulmones buscaban tanto aire como fuera posible para seguir el ritmo irrefrenable de su corazón, que latía sin parar, acelerando su pulso. Instintivamente se agarró al marco circular de la ventana, con tanta fuerza que sus esqueléticos nudillos se tornaron tan blancos como las paredes que le rodeaban.

Intentando respirar hondo para serenarse, su enfermizo aliento empañó con una capa de vaho opaco el cristal de la ventana de la que no podía apartar su mirada. Al observarlo, un pequeño halo de esperanza se desprendió de aquella eventualidad, la suficiente como para que se calmara... Seguía vivo.

Sin embargo, aquella triste y efímera alegría se esfumó tan rápido como su aliento del cristal, cuando sintió que algo, o alguien, le tocaba su hombro derecho. Durante unos eternos segundos en los que no supo que hacer, y aun con el frío que sentía, unas gotas de sudor helado resbalaron por su sien, a la vez que su pulso se desbocaba de nuevo, fruto de la adrenalina que recorría su cuerpo de arriba abajo.

En un arrebató, más lleno de temor que de valentía, se dio la vuelta y su corazón se detuvo. Atónito, se obligó a ahogar un grito de pánico que se hubiera perdido en el vacío del espacio. Frente a él, por el aspecto de su traje, había un astronauta. Flotaba igual que él en el espacio sin gravedad, pero no lo estaba cogiendo por el hombro con sus enguantadas manos. Era imposible que lo hiciera. A través de la luneta del casco del inesperado visitante, pudo ver la cadavérica expresión de horror de un cráneo blanquecino que lo observaba con sus cuencas vacías y sin vida.

Aterrado, empujó con todas sus fuerzas y vio, a intervalos rojizos, como ese indeseado invitado se perdía en el oscuro pasillo, flotando lánguidamente en el vacío. Abatido, se encaró de nuevo con el espacio, comprendiéndolo todo, sin recordar absolutamente nada. Estaba solo, tan solo que, por no tener, no se tenía ni a sí mismo.



El corazón del Oeste

Un sol anaranjado descendía hacia el ocaso, enrojeciéndose cada vez más, a medida que se acercaba al horizonte. La suave brisa, que avanzaba sin obstáculo entre cañones y desfiladeros, levantaba un polvo rojizo del agrietado suelo, que no había visto la lluvia desde hacía estaciones, enturbiando el paisaje rocoso del desierto. Todo parecía sumergido en una neblina de tonos cálidos, a través de la que solo se podían ver las siluetas de las lejanas montañas. ¿Solo? No, a través del polvo se perfilaron las formas de tres hombres que avanzaban de forma diferente pero acompasada hacia el único lugar en el que el viento respetaba al polvo y le permitía quedarse en el suelo. Enfundados en ponchos y gabanes para protegerse del lacerante viento del desierto, los tres hacían repiquetear las espuelas de sus zapatos. Aunque no había rastro de sus caballos y nadie hubiera sabido decir como habían llegado hasta allí, los tres parecían llamados a su destino, dispuestos a encontrarse. En sus caras brillaban miradas determinadas, decididas, resueltas, conocedoras de por qué se encontraban allí y a qué se enfrentarían dentro de pocos instantes. Cuando los tres hombres llegaron al claro desde diferentes direcciones, se detuvieron y se mostraron tan diferentes como iguales. De formas distintas representaban lo que significaba el Oeste y a todos a los que vivían allí, desde los colonos adinerados a

los campesinos procedentes del sur, pasando por los muertos de hambre que no tenían nada mejor a lo que dedicar sus vidas. Sin embargo, salvando todas las diferencias externas, en su interior había algo que los asemejaba, que los hacía prácticamente iguales. En su interior latía un mismo corazón, aquel que los había guiado hasta aquel extraño lugar dejado de la mano de Dios, aquel les había hecho dedicar sus vidas por entero a lo que colgaba de sus cananas... El corazón del Oeste. Con suavidad, reconociéndose los unos a los otros, se dedicaron sendas miradas de póker, no se podía determinar si estaban sorprendidos, asustados o seguros de sí mismos, solo que habían visto a quienes tenían que enfrentarse.

Mientras uno de ellos daba un largo e intenso trago a una botellita de piel de cordero, otro se deshizo de su polvoriento gabán para revelar un elegante traje negro con chaleco adamascado gris. Mientras que su ropa parecía decir que era demasiado elegante para pertenecer a ese lugar, la mirada ceñuda tan solo iluminada por la candente luz de un cigarrillo decía todo lo contrario, a la vez que su mano se apoyaba lánguidamente en la cartuchera de piel oscura que colgaba bajo su ombligo.

Tras limpiarse el bigotudo labio con la manga de su zarrapastrosa camisa, el que había sacado la botellita que, sin duda, no contenía agua, volvió a colgarla en la parte trasera de su desgarrada figura. Sin sombrero, su frente estaba perlada de sudor, que descendía con gruesos chorretones por sus sienes hasta que se perdían en la espesa barba. Sus manos, mugrientas por haber visto menos agua que aquel desierto, hicieron bailar sus dedos a ambos lados de sus caderas, a una distancia prudencial de su armas, que parecían colgar de cualquier manera en sus cartucheras.

El tercero, por su parte, apuraba con placer la última calada de un fino cigarro marrón mientras regalaba una sarcástica sonrisa a los otros dos con los brazos cruzadas sobre su pecho. Era como si se tomara a broma lo que estaba a punto de suceder, pero lo había vivido tantas veces y había sobrevivido a todas ellas, que cada nueva ocasión era como una chanza de mal gusto.

Salvo estos leves gestos, los tres hombres permanecían quietos, cuál estatuas, esperando que algo les indicara que el momento había llegado. Una brizna de hierba seca, el chasquido de un árbol, un soplo más fuerte de viento, cualquier cosa podía ser la señal. Entonces, los últimos rayos de sol hicieron brillar las superficies metálicas de sus armas, una gota de sudor y dos colillas cayeron al

suelo a la vez, y el tiempo pareció detenerse. Los tres hombres desenfundaron a la vez, alzando sus armas apretaron los gatillos y tres explosiones retumbaron en el desierto casi al unísono, haciendo que el viento cesara. Lo que sucedió después poco importa, habían cumplido con su destino.



El hombre del bigote blanco

Todo empezó un caluroso día de principios de agosto. Uno de esos en los que desearías quitarte la americana, el sombrero te da más calor que el sol del que te protege y te preguntas quién decidió que la corbata era algo necesario.

Siempre he sido un hombre de costumbres fijas, por lo que cuando ese día me levanté una hora antes de lo habitual empapado en sudor, supe que no sería un buen día... o, al menos, no sería como el resto. Sin embargo, intenté reponerme y seguí con mi rutina. Me preparé una taza de café caliente y un par de tostadas de las que hice buena cuenta. Aprovechando el rato libre que el calor me había regalado, me senté en mi despacho tranquilamente a leer el libro que hacía semanas que mantenía sobre la mesilla de noche y esperé a que fuera el momento de prepararme para ir al trabajo.

Un par de horas más tarde, aseado y vestido con un traje de verano en el que esperaba no morir asado, una camisa blanca de manga corta bajo él y mi cartera de piel colgada al hombro, salí a la calle con la determinación de llegar a la universidad con el mejor aspecto posible. Pero mi viaje en autobús se vio truncado cuando una presencia me sobresaltó. En un primer instante no supe quién era la persona que había perturbado mi alma, pero hubo algo que me hizo

dar un respingo y mirar a mi alrededor en busca de ese alguien que sentía... hasta que mi mirada se cruzó con la suya. Era un hombre mayor, que rozaba los setenta, elegantemente vestido con un sombrero de paja de ala corta y luciendo un cuidado bigote blanco en su rostro. Estaba sentado en un banco en la calle, sosteniendo un periódico en sus manos que solo dejó de leer cuando mis pupilas se fijaron en las suyas. Pero ya está, solo fue un instante, el movimiento del autobús me hizo trastabillar y cuando quise darme cuenta, habíamos avanzado un par de manzanas.

Después de esos momentos de desconcierto y cierta incomodidad, volví al presente y a medida que avanzó el día me fui olvidando de lo sucedido, llegando a creer que todo ello no había sido más que fruto de un sueño.

Pero no fue así, a la mañana siguiente volví a sentir lo mismo. Rápidamente me revolví en mi sitio, luchando con aquellos con los que atestaba el autobús, y allí estaba de nuevo. En el mismo banco, con el mismo periódico, el mismo sombrero y el mismo bigote. Pero lo que era más importante, con la misma mirada azul clavada en la mía. El autobús arrancó de nuevo y me alejé de aquel lugar, pero, a diferencia del día anterior, el hombre me sostuvo la mirada hasta que lo perdí de vista.

A partir de ese instante, empecé a notar constantemente su presencia en otros lugares: en la cafetería de la universidad donde tomo mi segundo café del día, en la librería donde suelo perderme entre los estantes, incluso en el supermercado de la esquina mientras compraba a la vuelta del trabajo.

Al principio, en mis primeros encuentros, quise pensar que era una coincidencia, alguien que, por lo que fuera se había mudado al vecindario y con el que tenía rutinas parecida. Pero luego, empecé a sentir una extraña conexión con él, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, hallaba en ella algo que me decía que ya nos conocíamos de antes; como si supiera lo que iba a hacer antes de que yo mismo lo supiera.

Fue tal la sensación de incomodidad que tenía, de agobio al verlo por todas partes que, un día, ya no pude más y decidí confrontarlo.

Sabiendo dónde encontrarlo, bajé del autobús en la parada adecuada y me encaminé a ese banco. Allí estaba.

—¿Por qué me sigues? —le pregunté directamente situándome frente a él.

El hombre levantó la vista del periódico y me miró con una expresión tranquila que no pude descifrar. Luego, sonrió.

—No te sigo —respondió—. Solo estoy aquí para recordarte quién eres.

Sus palabras me dejaron perplejo. ¿Quién era yo? ¿Qué quería decir con eso? Antes de que pudiera hacer más preguntas, el hombre se levantó y subió al primer autobús que pasó frente a él, dejándome con más preguntas que respuestas y la boca abierta.

Desde aquel encuentro, el hombre del bigote blanco no dejó de aparecer en mi vida. A veces, lo veía en el reflejo de una ventana, otras veces, en la multitud de una calle concurrida. Siempre estaba ahí, observándome, pero nunca se acercaba, ni tampoco me daba margen para que lo hiciera yo.

Mi curiosidad se convirtió en una obsesión. Empecé a investigar sobre él, preguntando a las personas que frecuentaban los mismos lugares que yo, pero nadie parecía conocerlo e, incluso, era como si nadie jamás lo hubiese visto. Era como si fuera un fantasma, una sombra que solo yo podía ver. Sinceramente, me trastornó, haciéndome llegar a pensar que todo era fruto de mi mente perturbada. Por bien o por mal, no fue así.

Una noche, en un intento de hallar un sentido a todo aquello, mientras revisaba viejas fotografías en busca de alguna pista, encontré algo que me dejó helado. En una foto de mi infancia, tomada en el parque donde solía jugar, había un hombre de bigote blanco en el fondo... el mismo hombre que llevaba semanas acechándome. Ya no podía ser una coincidencia, tenía una relación con él, pero ¿cuál? ¿Quién era ese hombre y por qué estaba en mi vida desde hacía tanto tiempo?

Tras ese hallazgo, mi determinación fue responder a esas dos preguntas, así que decidí seguirlo. Si él podía hacerlo conmigo, yo también podría. Durante días lo observé desde la distancia, tratando de descubrir su rutina. Pero salvo los lugares en los que coincidíamos... o, mejor dicho, en los que me seguía él a mí, parecía que no tenía costumbres. Aparecía y desaparecía sin previo aviso, yendo siempre un paso por delante de mí.

Pero todo cambió una tarde al salir de la universidad. Después de encontrarlo frente a la puerta, fingí no verlo, pero una vez me escabullí entre la multitud de la calle, regresé sobre mis pasos hasta reencontrarlo, no demasiado lejos, mientras

caminaba con paso tranquilo. Lo seguí durante un par de manzanas, hasta que se internó en un callejón oscuro.

Giré la esquina y lo vi, a pocos metros de mí, sumergiéndose en la oscuridad de aquel lugar. Inconscientemente avancé, haciendo que mis pasos resonarán en el silencio de aquel lugar, dejando de pasar desapercibido. El hombre se detuvo de repente, yo hice lo mismo al verme descubierto, y se giró hacia mí.

—¿Por qué me sigues? —preguntó, con una sonrisa enigmática.

—Quiero saber quién eres —respondí, tratando de mantener la calma.

—Ya lo sabes —dijo, y, como en la anterior ocasión, antes de que pudiera responder, dio unas largas zancadas hacia la oscuridad y se desvaneció en ella. Cuando fui tras él, ya no estaba allí, se había esfumado de nuevo.

Llegados a este punto y viendo que, por mucho que lo siguiera, siempre sería él el que me encontraría a mí, decidí aplicar mis conocimientos a la situación. Como profesor de física en la Universidad de Columbia no podía seguir mis emociones, era un científico profesional, alguien que habla sobre hechos y evidencias a sus alumnos. Así que tomé distancia y lo miré todo con objetividad. A partir de ese momento, el hombre del bigote blanco se convirtió en un sujeto de estudio, en una investigación en sí mismo, basada en mi obsesión, pero bajo los estrictos controles de la ciencia.

Después de nuestro último encuentro, empecé a anotar sus apariciones, detectando patrones en ellas. Siempre parecía estar presente en momentos clave de mi vida, como si estuviera observando mis decisiones y acciones, de un modo exponencial, como si a medida que pasarán los días me acercara a algo cada vez más importante. Me dí cuenta de que sus apariciones ya no eran aleatorias, siempre mantenía un patrón, basado en mis movimientos. Es decir, si yo me comportaba de forma errática, él también. Sí, me seguía, pero no para observarme, ya sabía lo que haría, sino para controlarme. Cuando me di cuenta de ello una sonrisa de satisfacción apareció en mi rostro, una que solo había tenido cuando había terminado alguna de mis investigaciones más importantes o había visto publicados mis artículos en revistas de prestigio.

Con los hechos sobre la mesa de mi despacho y el registro de sus apariciones cuidadosamente anotados en un cuaderno, vi que desde el momento en que se

tomó la fotografía cuando era pequeño y la última aparición, apenas unas horas antes, había una constante, algo que no variaba jamás: su aspecto. Siempre el mismo traje, el mismo sombrero, el mismo periódico y el mismo bigote, pero aún más importante, siempre el mismo rostro.

Aquello solo podía significar una cosa. Algo que siempre se había planteado como imposible, pero que, ahora, en base a mi investigación y mis conocimientos, era lo único que podría explicar lo que estaba ocurriendo.

Pasé noches enteras en mi despacho de la universidad, analizando datos y revisando teorías alternativas, pero las evidencias eran claras y siempre me llevaban al mismo punto. ¿Podría este hombre ser una manifestación de algún fenómeno cuántico? ¿O tal vez una anomalía en el espacio-tiempo? Cuanto más investigaba, más preguntas surgían, aunque fueran provocadas por el escepticismo de aceptar que había descubierto a un viajero del tiempo.

Un día, mientras daba una de mis clases, vi que el hombre del bigote blanco estaba sentado en la última fila del aula. Mi corazón se aceleró, pero traté de mantener la compostura y seguir con mis explicaciones mientras llenaba la pizarra con números y símbolos a tiza.

Pero, al finalizar la clase, me acerqué a él.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté, tratando de sonar firme.

—No es lo que yo quiero —respondió—. Es lo que tú necesitas descubrir sobre ti.

Como había ocurrido hasta entonces, sus palabras fueron enigmáticas, pero esta vez sentí que había una verdad oculta en ellas. Se levantó, me saludó amablemente y salió del aula. No lo seguí, era algo inútil, él volvería a encontrarme. Así que, en lugar de cerrarme en banda, decidí seguir investigando, esta vez enfocándome en mi propia vida, aplicando la misma objetividad científica pero sobre mi persona. Revisé viejos diarios, cartas y documentos, buscando cualquier indicio que pudiera conectar a este hombre conmigo.

Una noche, mientras revisaba un antiguo cuaderno de notas, de los muchos que había usado y guardado desde que había empezado a estudiar en la universidad, encontré una entrada que me dejó sin aliento. Era una teoría que había desarrollado en mi juventud sobre la posibilidad de que el tiempo no fuera lineal, sino una serie de bucles interconectados.

Con eso entre mis manos me di cuenta que, a pesar de todas las preguntas que me había hecho hasta entonces, siempre había pasado por alto la que,

seguramente, era la más importante, teniendo en cuenta las pruebas que había recogido. ¿Ese hombre podría ser alguien del futuro tratando de guiarme hacia algún descubrimiento crucial?

Días más tarde, después de noches despierto dándole vueltas a esa teoría y a los cálculos relacionados con ella, encontré una ecuación que había pasado por alto. Era una fórmula compleja que sugería la posibilidad de viajar en el tiempo mediante algún cuerpo espacio-temporal que en ese momento no se había descubierto, pero que en 1966 ya había sido bautizado como «puente de Einstein-Rosen». Sin embargo, para demostrarlo, tenía que dejar la física teórica y pasar a la práctica, algo que era más fácil de decir que de hacer.

Decidí probar la teoría en el laboratorio, y empecé a desarrollar en secreto un acelerador de partículas. Las noches en el laboratorio se volvieron más largas y solitarias. La teoría de los bucles temporales me obsesionaba, y necesitaba terminar mi experimento para obtener la respuesta que contestaría a todas las preguntas que hasta entonces habían surgido en mi cabeza. En ningún momento pensé en qué supondría para la humanidad mi descubrimiento, o quién se podría interesar por él. Solo quería saber si el hombre del bigote blanco era un viajero del tiempo.

Pasaron semanas antes de conseguir terminar el acelerador, pero al final, lo conseguí. Era tosco y no tenía el aspecto de algo fiable, pero solo que pudiera demostrar en la práctica que mi ecuación, revisada con los últimos descubrimientos de gente como Einstein, era cierta, podría irme a dormir tranquilo.

Cuando estuvo listo, no esperé, no programé la prueba para un día especial, ni tan siquiera miré al calendario de la pared que marcaba 5 de octubre. En el silencio que imperaba en el laboratorio, ajusté los parámetros del acelerador y me preparé para lo que podría ser el experimento más importante de mi vida.

Sin embargo, un instante antes de activar la máquina, sentí una presencia detrás de mí... esa misma presencia que me había llevado hasta aquel instante. Me giré y allí estaba él, el hombre del bigote blanco, observándome con una expresión de aprobación.

—Ha llegado la hora —dijo, y su voz resonó en el silencio del laboratorio.

No me lo pensé, activé el acelerador y, en un instante, todo cambió. Sentí como si mi cuerpo fuera desintegrado y reconstituido en otro lugar. Cuando abrí los ojos, me encontré en un lugar familiar pero diferente. Estaba en la calle, frente al banco en el que había visto por primera vez al hombre del bigote blanco, pero todo parecía más brillante, más nítido.

El hombre del bigote blanco estaba a mi lado, sonriendo.

—Bienvenido al futuro —dijo—. Has logrado lo que muchos consideraban imposible.

Miré a mi alrededor, maravillado por lo que veía. La tecnología había avanzado de maneras que nunca hubiera imaginado. Pero más que eso, sentí una conexión profunda con ese lugar, como si siempre hubiera pertenecido a él.

—¿Quién eres realmente? —le pregunté, aunque ya sospechaba la respuesta.

Al haber viajado en el tiempo, la pregunta que me había rondado por la cabeza y que no me había atrevido a formular en voz alta se había respondido por sí sola.

—Soy tú —respondió—. O al menos, una versión futura de ti. He venido a guiarte porque lo que descubras aquí cambiará el curso de la historia.

Pasé los siguientes días explorando este nuevo mundo, aprendiendo todo lo que podía. Descubrí que mi teoría sobre los bucles temporales era correcta y que el conocimiento que adquiriera aquí podría ayudar a resolver muchos de los problemas que enfrentábamos en mi tiempo.

Finalmente, llegó el momento de regresar. El hombre del bigote blanco —inevitablemente seguía refiriéndome a él así... ¿o era a mí que me refería?— me llevó de vuelta al laboratorio y me explicó cómo utilizar el acelerador para volver a mi tiempo.

—Recuerda —dijo antes de que me fuera—, el conocimiento es poder, pero también una responsabilidad. Usa lo que has aprendido sabiamente.

Activé el acelerador y, en un instante, estaba de vuelta en mi laboratorio. Todo parecía igual, pero yo había cambiado. Tenía un propósito renovado y una misión clara: utilizar mi conocimiento para mejorar el mundo.

El hombre del bigote blanco había desaparecido, pero su presencia seguía conmigo. Sabía que, de alguna manera, siempre estaría ahí, guiándome en mi camino, al fin y al cabo, era yo.

Después de regresar a mi tiempo, me sentí lleno de propósito y determinación. Había descubierto algo increíblemente importante, y ahora debía trabajar en cómo debía presentarlo al mundo del modo apropiado. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que comenzara a notar algo extraño. Ya no era la presencia del hombre del bigote blanco, él parecía haberse quedado en su tiempo, ahora tenía la impresión de que eran otros los que me seguían. Aquí y allí veía hombres vestidos de negro, con finas corbatas bajo sus barbillas a juego con el sombrero. Y, a diferencia de mi yo del futuro, estos no parecían disimular o pretender pasar desapercibidos, no, aún desde las sombras, no se escondían al mostrarme que me seguían y me observaban.

Como en la anterior ocasión, me dije que era mi imaginación, pero, desafortunadamente, pronto se hizo evidente que no era así. Mi aventura con los viajeros del tiempo aún no se había terminado. Estos hombres aparecían en todas partes: en la universidad, en el parque, incluso fuera de mi casa. Siempre mantenían la distancia, pero su presencia era inconfundible.

Una noche, mientras revisaba mis notas en el laboratorio, con la esperanza de resolver los últimos flecos de mi investigación y explicar al mundo que los viajes en el tiempo eran posibles, con la esperanza que ello hiciera que dejaran de seguirme, escuché un ruido en el pasillo. Me asomé con cautela y vi a uno de los hombres de negro observando la puerta por la que yo había salido. Sabiendo que no tenía alternativa, decidí confrontarlo.

—¿Quién eres y por qué me sigues? —le pregunté, tratando de mantener la calma, pero parecer firme.

El hombre no respondió. En lugar de eso, sacó un dispositivo extraño de su bolsillo y lo activó. Antes de que pudiera reaccionar, una luz brillante me envolvió y perdí el conocimiento.

Cuando desperté, me encontraba en una habitación oscura, atado a una silla. Frente a mí, había una mesa con varios dispositivos tecnológicos que no reconocía. Los hombres de negro estaban allí, observándome en silencio.

Uno de ellos se acercó y habló con una voz fría y autoritaria.

—Sabemos lo que has descubierto. El conocimiento que posees es peligroso y no podemos permitir que lo compartas con el mundo.

—¿Quiénes sois? —pregunté, tratando de mantener la compostura.

—Somos parte de una organización que se asegura de que ciertos conocimientos no caigan en las manos equivocadas. Lo que has descubierto sobre los bucles temporales y el viaje en el tiempo podría desestabilizar el equilibrio del mundo.

Mi mente corría a mil por hora. ¿Cómo podían estos hombres saber tanto sobre mí y mis descubrimientos? ¿Y qué querían realmente?

—No podéis detenerme —dije, tratando de sonar más seguro de lo que me sentía—. Lo que he descubierto es demasiado importante.

El hombre de negro sonrió, pero no era una sonrisa amigable.

—No estamos aquí para detenerte. Estamos aquí para controlarte. A partir de ahora, trabajarás para nosotros. Utilizarás tus conocimientos para nuestros fines y, a cambio, te permitiremos vivir.

La idea de trabajar para una organización secreta que controlaba el conocimiento del mundo me horrorizaba, pero no veía otra opción, era un científico, no un hombre de acción. Asentí lentamente, sabiendo que, a pesar de lo que estaba aceptando, tendría que encontrar una manera de escapar y compartir mis descubrimientos con el mundo, siendo esta la única manera de salvarme a mí y a mi investigación.

Habiendo concretado los términos de nuestro acuerdo, los hombres de negro me liberaron y me llevaron de vuelta a mi laboratorio. Antes de irse, uno de ellos me entregó un dispositivo de comunicación.

—Nos mantendremos en contacto. No intentes escapar, o habrá consecuencias.

A partir de ese día, mi vida cambió drásticamente. Continué con mis rutinas, mi trabajo y mis investigaciones, pero siempre bajo la atenta mirada de los hombres de negro, que aparecían en cualquier lugar. Me sabía observado y bajo control, pero, de momento, debía seguirles el juego a la espera de que llegara el momento apropiado.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses, y cuando quise darme cuenta había llegado la Navidad. Hacía casi medio año que había empezado mi aventura con el hombre del bigote blanco, pero también era cierto que desde que se había quedado en su tiempo, los hombres de negro habían

ocupado su lugar, y aunque siempre me había sentido incomodado por la presencia de mi yo del futuro, aquellos rostros desconocidos eran más agobiantes si cabe.

Hacía meses que mi vida se había vuelto más rutinaria que nunca, iba de casa a la universidad y viceversa, eran pocas las veces que variaba mis costumbres, y todo giraba alrededor de mi investigación, que estaba sometida a la vigilancia constante de los hombres de negro. Sin embargo, mi determinación de liberarme y compartir mi conocimiento con el mundo nunca disminuyó. Sabía que tenía que salir de aquel encierro a cualquier precio, solo faltaba encontrar el modo que hacerlo.

La presión de los hombres de negro se intensificaba cada día. Sabía que no podía seguir así para siempre, por lo que debía usar los recursos que tenía a mano y pasar a la acción.

Después de mucho reflexionar, llegué a una conclusión desesperada, pero inevitable: tenía que fingir mi propia muerte para librarme de ellos.

El plan era sencillo pero arriesgado, sin embargo era mi única esperanza. Valiéndome de mis conocimientos en física, lo preparé todo para que hubiera una explosión controlada en mi laboratorio, lo suficientemente potente como para hacer creer a los hombres de negro que mi acelerador de partículas había estallado y yo había muerto en el accidente.

A pesar de mis dudas, la noche de la explosión, todo salió según lo planeado. Me aseguré de dejar suficientes pruebas para que nadie dudara de mi muerte. Corriendo entre las sombras conseguí desaparecer antes de que los hombres de negro aparecieran y se lamentarían de todo ello, pero no pudieron detenerse demasiado a averiguar lo que había sucedido, ya que los bomberos y la policía no tardaron en aparecer y concluir que mi cuerpo se había desintegrado a raíz de la explosión que había destruido no solo mi laboratorio, sino también media planta del edificio.

La noticia de mi muerte se difundió rápidamente por toda Nueva York, no todos los días muere un profesor de física en la Universidad de Columbia a raíz de un experimento que ha salido mal. Aunque hubo algunos que me trataron de científico loco, la mayoría lloraron mi muerte y lamentaron que una mente brillante como la mía hubiese desaparecido a tan temprana edad, según ellos, todavía tenía muchas cosas por descubrir... ¡Ja! Y eso que no sabían que todo eso lo estaba haciendo para proteger el mayor descubrimiento de mi vida.

Tras desaparecer de la faz de la tierra, me aseguré de haberme escabullido de los hombres de negro, dormí en hoteles de mala muerte en la zona baja de la ciudad, siempre mirando sobre mi hombro, hasta que un par de semanas más tarde, cuando ya había dejado atrás Manhattan, tuve la certeza que los hombres de negro me habían dado por muerto.

Estaba en un lugar seguro a las afueras de una pequeña ciudad de Georgia. Había alquilado una cabaña en el campo de un granjero que había aceptado acogerme sin hacer demasiadas preguntas, y lo preparé todo para activar de nuevo el acelerador de partículas. Mi destino sería el futuro una vez más, un lugar en el que permanecer anónimo para seguir desarrollando mis experimento hasta que llegara el momento de regresar al pasado.

Sin pensármelo dos veces, en cuanto todo estuvo preparado y con los parámetros adecuados, activé mi aparato y sentí como mi cuerpo se desintegraba y se reconstituía en otro lugar y en otro tiempo.

Aquel futuro no era el mismo al que había viajado con el hombre del bigote blanco, no era tan lejano, pero aún así era más avanzado que el mío. Allí, bajo un nombre falso, me integré en la sociedad discretamente, conseguí trabajo gracias a bagaje académico y pasé años estudiando los avances tecnológicos para mejorar mi acelerador, preparándolo y preparándome para cuando llegara el momento que estaba esperando, mientras observaba cómo la tecnología y la sociedad evolucionaban.

Con el tiempo, me dejé crecer el bigote blanco y me convertí en el hombre del bigote blanco, el mismo que había seguido a mi yo más joven. Sabía que mi misión era crucial: debía advertir a mi yo del pasado y guiarlo hacia el descubrimiento que salvaría a la humanidad.

El día finalmente llegó. Utilicé el acelerador de partículas para regresar al pasado, al Nueva York de los años sesenta, cuando mi yo más joven comenzó a notar mi presencia. Sabía que debía ser cuidadoso y enigmático, para no alterar el curso de los eventos de manera impredecible. Cada encuentro con mi yo más joven era una mezcla de nostalgia y responsabilidad. Sabía que estaba atrapado en un bucle infinito, pero también sabía que era necesario para salvar a la humanidad. Mi sacrificio personal era un pequeño precio a pagar por el bienestar de todos, ya que no quería ni pensar que hubiera sucedido si los hombres de negro se hubieran apoderado de mi descubrimiento.

Aunque yo solo lo viví una vez, primero de joven, después como el hombre del bigote blanco, y mi aventura terminó cuando lleve a mi yo joven a mi presente, sabía que el ciclo de todas las versiones de mi mismo continuaría en un bucle constante que mantendría mi descubrimiento oculto al mundo gracias, paradójicamente, a mi descubrimiento. Cada vez que mi yo más joven llegara al punto de descubrir la verdad, yo estaría allí para guiarlo. Aunque sabía que nunca podría escapar de este bucle sin fin, también sabía que mi sacrificio no habría sido en vano.

Relatos breves y no tan breves

Textos de Francesc Marí

LASDAOALPLAY? Books — lasdaoalplay.com/books

Editado en Sant Joan Despí, diciembre 2024

Todo el contenido escrito de este libro está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No Comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0



lasdaoalplay.com